INFORMES

I

JEROMIN

ESTUDIOS HISTÓRICOS SOBRE EL SIGLO XVI

por el P. Luis Coloma, de la Compañía de Jesús. (Bilbao, imprenta del Corazón de Jesús. 1907.)

Precedido de general fama, como todas las obras de este ilustre escritor, viene á la Academia ésta publicada por primera vez en Enero de 1903. Ya en la advertencia preliminar, dedicada al lector, previene el autor que «ni en éste ni en ninguno de los «Estudios históricos» que hasta ahora hemos publicado, ha sido nuestro intento desentrañar hondos problemas de la historia, ni descubrir tampoco datos desconocidos ó documentos ignorados que arrojen más clara luz sobre sucesos ya juzgados ó personajes puestos aún en tela de juicio. Nuestro propósito, mucho más modesto, ha sido tan solo *vulgarizar*, por decirlo así, entre cierta clase de público algunas figuras unidas á grandes y trascendentales hechos de la historia y presentarlas enfocadas á la luz de la razón y del criterio católico. Para esto hemos leído y estudiado cuanto sobre ellas se ha escrito bueno y malo; aceptado todo lo cierto; escogido entre lo mucho dudoso lo más verosímil, y procurado luego *con la imaginación y el estudio de la época* resucitar aquellos muertos y dar vida, relieve y ambiente contemporáneo á todo este conjunto, á fin de cautivar la atención de los lectores, que, como tú probablemente, no tienen la afición indispensable para entrarse por el árido campo de crónicas, archivos y manuscritos, donde se encuentra la verdad ciertamente; pero como pudiera encontrarse en los ordenados nichos de un cementerio...»

¿Ha conseguido tan noble propósito el P. Coloma? Seguramente que sí y aun se ha excedido en él. Sobre ser el protagonista de la obra uno de los más celebrados y simpáticos de nuestra historia, lo ha revestido el autor con todas las galas y atractivos de su primoroso y brillante estilo, presentándole con tan hermoso y fresco colorido, con tantos y tan maravillosos detalles de su azarosa y peregrina vida, que el lector, aun sin ser benévolo, no lo deja de la mano, una vez empezada su lectura, hasta dar fin de ella. Ha escogido con atinada crítica y envidiable sagacidad las fuentes históricas más acreditadas y fundamentales; revestídolas de su fogosa fantasía dándolas nueva vida y vigor; y cuando éstas han sido escasas, ó ha carecido de ellas en ciertos pasajes, con su imaginación y el estudio de la época, como él mismo confiesa, relata, discretea y engalana los sucesos que refiere. Desde el título, Jeromín, hasta el final de la obra, todo reviste más forma novelesca y literaria que propiamente histórica. Ni epígrafes en los capítulos, ni citas que autoricen y confirmen, salvo contadas excepciones, sus asertos, singularmente en casos graves ó dudosos, y, en fin, sin índice alguno que dé idea del desarrollo de los sucesos y del plan de la obra, todo entraña el objetivo principal de cautivar á los lectores con el brillante relato de los mil episodios de la gloriosa vida del vencedor de Lepanto.

Es, pues, el P. Coloma en esta obra más, algo más que un vulgarizador, como él se dice, es un escritor tan elegante como ameno, que dotado de gran cultura, de poderosa imaginación y encantador estilo, pinta maravillosos cuadros de historia, ensalzando y poetizando los personajes; describiendo con los más vivos y admirables colores situaciones y pasajes de suyo áridos, sombríos ó de poco interés. De hoy más la nueva biografía de Don Juan de Austria, tan necesaria para conocer la historia de Felipe II, será de todos leída con embeleso, admiradas sus heroicas virtudes, y salvo algunas impurezas de la realidad, hábilmente deslizadas por el sabio jesuíta, sublimado Jeromín á las más altas cumbres de la gloria celestial, donde según aquél afirma, reposa desde su muerte.

Permítaseme en memoria del esforzado hijo de Carlos V, ya que ahora se presenta tan favorable ocasión, reproducir algunos conceptos que sobre él emití en la introducción á su historia por Baltasar Porreño, publicada por la Sociedad de bibliófilos españoles, en 1899. Con ser, decía entonces, tan gallarda y grandiosa la figura de Don Juan de Austria, no hay historia suya digna de su renombre y hazañas. Las biografías publicadas hasta hoy son por todo extremo deficientes todas y contienen no pocos errores y puntos obscuros. Verdad es que en los pasados siglos ni se podía contar todo lo que se sabía, ni tampoco se conocían muchos secretos de Estado, sepultados cuidadosamente en los Archivos públicos y particulares. Hasta mediados de este siglo no se han comenzado á desenterrar y examinar, ya por españoles, ya por extranjeros, los papeles históricos relativos á nuestro personaje; mas desde entonces acá ha sido tal la cantidad de ellos publicados íntegra ó sumariamente, en español y en otros idiomas que bien pudiera formarse con ellos una colección de diez volúmenes como éste y de pequeño tipo; á que podrían añadirse otros tantos, á nuestro juicio, de los que siendo importantísimos no han visto todavía la luz pública. Sin conocer la copiosísima correspondencia de Don Juan con el Rey y sus principales Ministros, con los Consejos, Juntas y Corporaciones gubernativas, con su familia y amigos, es imposible escribir una historia completa, razonada y crítica del héroe de Lepanto. No es extraño que tarea tan inmensa y abrumadora retraiga aún á los más decididos y apasionados admiradores suyos de acometer empresa que pudiera calificarse de colosal á la par que gloriosa.

Las circunstancias en que se desarrolló la vida de Don Juan, contribuyen á hacer de él una de las figuras históricas que más curiosidad y simpatía excitan. Hase escrito su vida muchas veces, y puede, sin embargo, decirse que todavía aguarda un historiador...

Fué Don Juan el prototipo y dechado más perfecto y completo de la España caballeresca del siglo XVI, con todas las nobles dotes y cualidades, y los defectos y exageraciones propias de este carácter. Criado entre el pueblo, educado entre la clase

noble, discípulo de la insigne Universidad de Alcalá, cuando estaba este instituto en su mayor grado de florecimiento, instruído por los más respetados y expertos capitanes de la milicia de mar y de tierra, es, por decirlo así, la encarnación del sentimiento nacional. Nada refleja mejor su carácter y su pensamiento que su estilo epistolar, así trate con damas y amigos, como con el Rey su hermano, sus Ministros, Generales y subordinados. Nadie como él expuso en sus cartas al severísimo Monarca que entonces regía á España, la verdad clara, enérgica y desnuda en materias de Estado, sin faltar nunca al debido respeto y consideración. Nadie como él trató por todos medios de vencer la excesiva quietud, la constante indecisión, la manera lenta de despachar los asuntos políticos y militares de Felipe II.

Acaso esta sinceridad, este fogoso celo, fueron causa de la suspicacia con que siempre le miró aquel Rey. Gran marino, esforzado General, dotado de maravillosas dotes de mando y de pocas de cortesano, de espíritu levantado y animoso, de exquisito tacto y habilidad para el trato de gentes, no es de maravillar que su noble figura y heroicos hechos cautivaran á sus contemporáneos y sigan cautivando aún hoy, acaso con más interés que entonces, á la posteridad toda, que admira en él uno de los más esclarecidos y grandiosos personajes del siglo XVI, con ser esta centuria tan exuberante en eminencias de todo género.

Adáptase perfectamente su correspondencia á todas las circunstancias y momentos de la vida; es su estilo llano y jovial á veces; grave, elevado y sentencioso otras; acre y mordaz en ocasiones; y siempre digno, elegante y castizo. Y no deben atribuirse estos méritos á sus secretarios; porque con frecuencia, según él mismo lo declara, se hallaba sin ellos. Las más de las veces escribía de su mano, y cuando la empleaba ajena, era él siempre quien dictaba, tratándose sobre todo de su correspondencia con el Rey, con su hermana, con los principales Ministros y con los amigos íntimos. En esto, como en todo, su actividad era prodigiosa.

En la guerra contra los moriscos de Granada hizo Don Juan su aprendizaje militar con notable y provechoso éxito; alcanzó

en Italia y Africa en las guerras contra los turcos, el más alto y glorioso renombre, sus más preciados trofeos. Precedido de justa fama, sacrificando en aras de la patria y del Rey su reputación y su vida, fué á los Países Bajos, donde, casi desamparado de su hermano y de sus Ministros, luchando política y militarmente con enemigos tan tenaces y potentes como los Estados generales, dirigidos por el astuto Príncipe de Orange, y socorridos y auxiliados por la Reina de Inglaterra, los Príncipes protestantes alemanes y otros encubiertos enemigos de la Casa de Austria, teniendo que sujetarse estrictamente á las órdenes del Rey su hermano, que pretendía reducir á la obediencia á los rebeldes con halagos y promesas; exhausto de dinero, de hombres, de víveres y de municiones, sucumbió heroicamente en lucha tan desigual como continua y desesperada. Mal aconsejado anduvo Felipe II en enviar á sosegar las alteraciones de aquellos Países, primero al Gran Duque de Alba con instrucción de llevarlo todo á sangre y fuego, y luego á Don Juan de Austria con orden de tratar á los rebeldes con espíritu de blandura, benignidad y transacción; porque ni aquel consiguió su propósito por su desmedido rigor; ni éste, por su inclinación á la guerra y ardor juvenil, era á propósito para cauterizar antiguas llagas con la templanza y mesura que solo dan los años y la experiencia.

Si además de estas funestas vacilaciones del Soberano en materia tan grave, se tienen en cuenta su habitual irresolución, su tardanza en el despacho, los odios y rivalidades de sus Ministros y el censurable abandono en que tuvo á su hermano en momentos críticos y gravísimos ante tal concurso de fuerzas enemigas y de circunstancias desfavorables, no es de extrañar que fracasara la misión de Don Juan en los Países Bajos, no pudiendo apenas hacer pie en aquel proceloso y revuelto mar, combatido de tantos y tan terribles peligros, débilmente ayudado de España, infamemente calumniado y desprestigiado en la Corte por Antonio Pérez, el Cardenal Granvela y otros influyentes personajes, enemigos suyos más ó menos encubiertos, siendo vilmente asesinado en Madrid su secretario Escovedo, persona de toda su confianza; amagado él constantemente por ingleses, franceses y

rebeldes de igual trágico fin, y desatendidos sus consejos, súplicas y reclamaciones. Considerado Don Juan en este desconsolador y tristísimo cuadro, resulta en su desdichado gobierno de los Países Bajos mucho más grande y heroico que en las Alpujarras, en Lepanto y en Africa.

Desde que salió de España misteriosamente con disfraz de criado de Octavio Gonzaga, hasta que falleció en pobre y humilde choza, ¡cuántos sacrificios, cuántos dolores, cuántas amarguras, cuántas penalidades de cuerpo y de espíritu tuvo que arrostrar y sufrir! Contrariado en sus inclinaciones belicosas, ¡por cuántas vergonzosas humillaciones, deslealtades y traiciones tuvo que pasar para seguir con los Estados la estéril política que le ordenaba el Rey! Y cuando al fin se convenció éste de los leales consejos de su hermano, y volvieron las tropas españolas y se puso al frente de aquel puñado de valientes, sin dinero, sin recursos de ninguna clase, ¡con qué arrojo, valentía y pericia militar preparó y consiguió aquel milagroso esfuerzo bélico, deshaciendo y derrotando la potente hueste enemiga en Gembloux!

Mucho le censuraron sus enemigos su inclinación á resolver por las armas la sublevación de los Países Bajos. El tiempo, sin embargo, mostró cuán acertado era su parecer. El Cardenal Granvela, que no perdonaba ocasión de desprestigiarle en vida, continuó después de la muerte de D. Juan su poco noble tarea de difamarle. Desde Roma escribía á la Princesa doña Margarita en 14 de Diciembre de 1578: «En verdad, el difunto Señor Don Juan, que Dios perdone, era demasiado aficionado á la gente de guerra y muy poco á la de consejo togada, sin los cuales y sin las advertencias de los que han manejado por algún tiempo los asuntos de gobierno y lo tocante á la pacificación y tratados, mal se pueden aquéllos desenredar. El bueno del difunto ha dictado muchas provisiones, á instancia de los que manejan las armas, que han resultado poco convenientes por falta de información y de buen consejo, como se verá luego, y tenía por enemigos todos los consejeros del Rey que no le seguían.» El consejero D'Assonleville, hechura del citado Cardenal, le escribía asimismo desde Namur á 17 de Febrero de 1579: «Lo que V. S. I. es-

cribe del difunto Don Juan (que en paz descanse) es verdad; y ha sufrido aquí innumerables trabajos y continuos disgustos por la guerra, como sucederá á todos los que prefieran seguir el camino de la fuerza y de las armas al de las artes y expedientes de la paz. Es también cierto que como él estaba persuadido de que sólo por las armas podía llegar á ser grande, escogía sus compañeros más entre los partidarios de la guerra que entre los de la paz, y estaba muy creído que aquéllos eran los mismos del difunto Emperador.»

Del alto aprecio y sincero cariño que en la Corte profesaban todos á Don Juan desde sus juveniles años, dan puntual noticia los Embajadores venecianos, tan diestros en recoger y seguir las corrientes de la opinión. Paolo Tiepolo escribía al Senado de su Señoría en 1563: «No cabe duda de que la inclinación de todo el mundo hacia Don Juan es tal, que en el caso de fallecer el Rey y el Príncipe [Don Carlos] sin descendientes y de estar él en España, y no los hijos del Rey de Bohemia, podría muy bien suceder, en opinión de muchas personas, que fuese aceptado por Rey con preferencia á otros, alejados por su residencia, extraños al país por su lengua, y acaso de religión contraria á la de la nación.» Dos años después Juan Soranzo, sucesor del anterior, escribía al mismo Senado, cuando Don Juan sólo contaba diez y ocho años: «Tiene el Señor Don Juan muy bella figura; en todos sus movimientos muestra singular gracia, y revela tan raro ingenio que cuantos le ven, le cobran grandísimo afecto; y es amado no sólo de la Corte, sino de toda España. El Rey lo estima sobremanera, aunque hasta el presente se ignora la situación en que piensa colocarle. Pretenden algunos que si el Príncipe llegase á morir, ó S. A. no tuviera hijos, sería proclamado Don Juan heredero del reino.» Ni estos presagios, ni los sueños dorados de Don Juan de llegar á establecerse como Soberano en Africa, en Grecia, en Italia ó en Inglaterra, llegaron á realizarse, pasando, como dice un escritor belga, este Príncipe por la escena del mundo como un brillante meteoro.

Tal es la grandiosa figura histórica que el P. Coloma con su admirable ingenio ha puesto de relieve, vulgarizando sus he-

chos más culminantes, dignos de eterna memoria. Reciba nuestra más cumplida y entusiasta enhorabuena, y quiera Dios concederle largos y venturosos años de vida, para que, prosiguiendo sus triunfos literarios, sean sus obras leídas con el interés, provecho y delectación que merecen, contribuyendo así poderosamente al adelantamiento y mejora de la cultura nacional.

Madrid, 10 de Enero de 1908.

A. Rodríguez Villa.

II

RECUERDOS DE UN VIAJE A EGIPTO

Origen del Egipto.

Hasta hace más de un siglo el Egipto apenas si había sido interrogado desde sus pasadas grandezas; y sus templos, sus colosos y sus esfinges permanecían mudos y solitarios en medio de los lugares que tantas maravillas contemplaron.

Preciso fué que un genio colosal, como el de Bonaparte, al llevar á aquellas regiones un ejército conquistador, se hiciese acompañar de otro de sabios que revelaran de nuevo toda la historia, toda la cultura y todas las grandezas de aquel glorioso pasado.

Si el gran capitán civilizador quedó admirado al contemplar las maravillas y la civilización de un mundo, si no nuevo, al menos olvidado en aquellas soledades, no menos quedó la Europa cuando aquellos sabios dijeron al mundo entero que los egipcios ocupaban, por sus monumentos, el primer lugar de los pueblos de la tierra.

En cuanto á la campaña de Egipto, si no respondió á los fines políticos de la Francia, en cambio fué una de las mayores con-